



## Leccionario Común Revisado

### **Domingo de Pasión: Domingo de Ramos, Año A**

#### **Liturgia de la Palabra / Liturgia de la Pasión**

#### **La Colecta:**

Dios todopoderoso y eterno: En tu gran cariño por la raza humana enviaste a tu Hijo Jesucristo, nuestro Liberador, para que asumiera nuestra humanidad y sufriera la muerte en cruz, dando así gran ejemplo de humildad; concede, por tu gran misericordia, que participando de su senda dolorosa participemos también en su resurrección; por Jesucristo nuestro Señor, que contigo y con el Espíritu Santo vive y reina, un solo Dios, ahora y siempre. Amén.

#### **Antiguo Testamento:** Isaías 50:4-9a

<sup>4</sup> El Señor me ha instruido  
para que yo consuele a los cansados  
con palabras de aliento.

Todas las mañanas me hace estar atento  
para que escuche dócilmente.

<sup>5</sup> El Señor me ha dado entendimiento,  
y yo no me he resistido  
ni le he vuelto las espaldas.

<sup>6</sup> Ofrecí mis espaldas para que me azotaran  
y dejé que me arrancaran la barba.  
No retiré la cara  
de los que me insultaban y escupían.

<sup>7</sup> El Señor es quien me ayuda:  
por eso no me hieren los insultos;  
por eso me mantengo firme como una roca,

pues sé que no quedaré en ridículo.

<sup>8</sup> A mi lado está mi defensor:

¿Alguien tiene algo en mi contra?

¡Vayamos juntos ante el juez!

¿Alguien se cree con derecho a acusarme?

¡Que venga y me lo diga!

<sup>9</sup> El Señor es quien me ayuda;

¿quién podrá condenarme?

## **Salmo:** Salmo 31:9-16

<sup>9</sup> Ten piedad de mí, Señor, en mis aprietos; \*

el pesar me consume los ojos,  
las entrañas, y el alma.

<sup>10</sup> Mi vida se desgasta en el sufrir,

los años, en el suspirar; \*  
por mi aflicción se me va la fuerza,  
y se me consumen los huesos.

<sup>11</sup> Soy burla de enemigos y vecinos,

y temor de quienes me conocen; \*  
cuando me ven venir, desaparecen.

<sup>12</sup> Me han olvidado como a un muerto; \*

de mí no tienen memoria;  
me he vuelto una vasija inútil.

<sup>13</sup> Porque he oído los chismes de la gente;

¡por todas partes hay terror! \*  
Traman unidos contra mí  
y planean quitarme la vida.

<sup>14</sup> Pero yo confío en ti, Señor. \*

Proclamo: «Tú eres mi Dios.

<sup>15</sup> Mis días están en tus manos; \*

líbrame de mis enemigos,  
y de mis perseguidores.

<sup>16</sup> Haz brillar tu rostro sobre esta tu sierva \*

y sálvame en tu bondad».

## **Nuevo Testamento:** Filipenses 2:5-11

<sup>5</sup> Tengan unos con otros la manera de pensar propia de quien está unido a Cristo Jesús, <sup>6</sup> el cual:

Aunque existía con el mismo ser de Dios,  
no se aferró a su igualdad con él,  
<sup>7</sup> sino que renunció a lo que era suyo  
y tomó naturaleza de siervo.  
Haciéndose como todos los hombres  
y presentándose como un hombre cualquiera,  
<sup>8</sup> se humilló a sí mismo,  
haciéndose obediente hasta la muerte,  
hasta la muerte en la cruz.

<sup>9</sup> Por eso Dios le dio el más alto honor  
y el más excelente de todos los nombres,  
<sup>10</sup> para que, ante ese nombre concedido a Jesús,  
doblen todos las rodillas  
en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra,  
<sup>11</sup> y todos reconozcan que Jesucristo es Señor,  
para gloria de Dios Padre.

## **El Evangelio:** Mateo 26:14 – 27:66

[<sup>14</sup> Uno de los doce discípulos, el que se llamaba Judas Iscariote, fue a ver a los jefes de los sacerdotes <sup>15</sup> y les dijo:

—¿Cuánto me quieren dar, y yo les entrego a Jesús?

Ellos le pagaron treinta monedas de plata. <sup>16</sup> Y desde entonces Judas anduvo buscando el momento más oportuno para entregarles a Jesús.

<sup>17</sup> El primer día de la fiesta en que se comía el pan sin levadura, los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron:

—¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?

<sup>18</sup> Él les contestó:

—Vayan a la ciudad, a casa de Fulano, y díganle: “El Maestro dice: Mi hora está cerca, y voy a tu casa a celebrar la Pascua con mis discípulos.”

<sup>19</sup> Los discípulos hicieron como Jesús les había mandado, y prepararon la cena de Pascua.

<sup>20</sup> Cuando llegó la noche, Jesús estaba a la mesa con los doce discípulos; <sup>21</sup> y mientras comían, les dijo:

—Les aseguro que uno de ustedes me va a traicionar.

<sup>22</sup> Ellos se pusieron muy tristes, y comenzaron a preguntarle uno tras otro:

—Señor, ¿acaso seré yo?

<sup>23</sup> Jesús les contestó:

—Uno que moja el pan en el mismo plato que yo, va a traicionarme. <sup>24</sup> El Hijo del hombre ha de recorrer el camino que dicen las Escrituras; pero ¡ay de aquel que lo traiciona! Hubiera sido mejor para él no haber nacido.

<sup>25</sup> Entonces Judas, el que lo estaba traicionando, le preguntó:

—Maestro, ¿acaso seré yo?

—Tú lo has dicho —contestó Jesús.

<sup>26</sup> Mientras comían, Jesús tomó en sus manos el pan y, habiendo dado gracias a Dios, lo partió y se lo dio a los discípulos, diciendo:

—Tomen y coman, esto es mi cuerpo.

<sup>27</sup> Luego tomó en sus manos una copa y, habiendo dado gracias a Dios, se la pasó a ellos, diciendo:

—Beban todos ustedes de esta copa, <sup>28</sup> porque esto es mi sangre, con la que se confirma la alianza, sangre que es derramada en favor de muchos para perdón de sus pecados. <sup>29</sup> Pero les digo que no volveré a beber de este producto de la vid, hasta el día en que beba con ustedes el vino nuevo en el reino de mi Padre.

<sup>30</sup> Después de cantar los salmos, se fueron al Monte de los Olivos. <sup>31</sup> Y Jesús les dijo:

—Todos ustedes van a perder su fe en mí esta noche. Así lo dicen las Escrituras: “Mataré al pastor, y las ovejas se dispersarán.” <sup>32</sup> Pero cuando yo resucite, los volveré a reunir en Galilea.

<sup>33</sup> Pedro le contestó:

—Aunque todos pierdan su fe en ti, yo no la perderé.

<sup>34</sup> Jesús le dijo:

—Te aseguro que esta misma noche, antes que cante el gallo, me negarás tres veces.

<sup>35</sup> Pedro afirmó:

—Aunque tenga que morir contigo, no te negaré.

Y todos los discípulos decían lo mismo.

<sup>36</sup> Luego fue Jesús con sus discípulos a un lugar llamado Getsemaní, y les dijo:

—Siéntense aquí, mientras yo voy allí a orar.

<sup>37</sup> Y se llevó a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a sentirse muy triste y angustiado. <sup>38</sup> Les dijo:

—Siento en mi alma una tristeza de muerte. Quédense ustedes aquí, y permanezcan despiertos conmigo.

<sup>39</sup> En seguida Jesús se fue un poco más adelante, se inclinó hasta tocar el suelo con la frente, y oró diciendo: «Padre mío, si es posible, líbrame de este trago amargo; pero que no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.»

<sup>40</sup> Luego volvió a donde estaban los discípulos, y los encontró dormidos. Le dijo a Pedro:

—¿Ni siquiera una hora pudieron ustedes mantenerse despiertos conmigo? <sup>41</sup> Manténganse despiertos y oren, para que no caigan en tentación. Ustedes tienen buena voluntad, pero son débiles.

<sup>42</sup> Por segunda vez se fue, y oró así: «Padre mío, si no es posible evitar que yo sufra esta prueba, hágase tu voluntad.»

<sup>43</sup> Cuando volvió, encontró otra vez dormidos a los discípulos, porque sus ojos se les cerraban de sueño. <sup>44</sup> Los dejó y se fue a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. <sup>45</sup> Entonces regresó a donde estaban los discípulos, y les dijo:

—¿Siguen ustedes durmiendo y descansando? Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. <sup>46</sup> Levántense, vámonos; ya se acerca el que me traiciona.

<sup>47</sup> Todavía estaba hablando Jesús, cuando Judas, uno de los doce discípulos, llegó acompañado de mucha gente armada con espadas y con palos. Iban de parte de los jefes de los sacerdotes y de los ancianos del pueblo. <sup>48</sup> Judas, el traidor, les había dado una contraseña, diciéndoles: «Al que yo bese, ése es; arréstenlo.» <sup>49</sup> Así que, acercándose a Jesús, dijo:

—¡Buenas noches, Maestro!

Y lo besó. <sup>50</sup> Jesús le contestó:

—Amigo, adelante con tus planes.

Entonces los otros se acercaron, echaron mano a Jesús y lo arrestaron.

<sup>51</sup> En eso, uno de los que estaban con Jesús sacó su espada y le cortó una oreja al criado del sumo sacerdote. <sup>52</sup> Jesús le dijo:

—Guarda tu espada en su lugar. Porque todos los que pelean con la espada, también a espada morirán. <sup>53</sup> ¿No sabes que yo podría rogarle a mi Padre, y él me mandaría ahora mismo más de doce ejércitos de ángeles? <sup>54</sup> Pero en ese caso, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, que dicen que debe suceder así?

<sup>55</sup> En seguida Jesús preguntó a la gente:

—¿Por qué han venido ustedes con espadas y con palos a arrestarme, como si yo fuera un bandido? Todos los días he estado enseñando en el templo, y nunca me arrestaron. <sup>56</sup> Pero todo esto sucede para que se cumpla lo que dijeron los profetas en las Escrituras.

En aquel momento, todos los discípulos dejaron solo a Jesús y huyeron.

<sup>57</sup> Los que habían arrestado a Jesús lo llevaron a la casa de Caifás, el sumo sacerdote, donde los maestros de la ley y los ancianos estaban reunidos. <sup>58</sup> Pedro lo siguió de

lejos hasta el patio de la casa del sumo sacerdote. Entró, y se quedó sentado con los guardianes del templo, para ver en qué terminaría todo aquello.

<sup>59</sup> Los jefes de los sacerdotes y toda la Junta Suprema buscaban alguna prueba falsa para condenar a muerte a Jesús, <sup>60</sup> pero no la encontraron, a pesar de que muchas personas se presentaron y lo acusaron falsamente. Por fin se presentaron dos más, <sup>61</sup> que afirmaron:

—Este hombre dijo: “Yo puedo destruir el templo de Dios y volver a levantarlo en tres días.”

<sup>62</sup> Entonces el sumo sacerdote se levantó y preguntó a Jesús:

—¿No contestas nada? ¿Qué es esto que están diciendo contra ti?

<sup>63</sup> Pero Jesús se quedó callado. El sumo sacerdote le dijo:

—En el nombre del Dios viviente te ordeno que digas la verdad. Dinos si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios.

<sup>64</sup> Jesús le contestó:

—Tú lo has dicho. Y yo les digo también que ustedes van a ver al Hijo del hombre sentado a la derecha del Todopoderoso, y viniendo en las nubes del cielo.

<sup>65</sup> Entonces el sumo sacerdote se rasgó las ropas en señal de indignación, y dijo:

—¡Las palabras de este hombre son una ofensa contra Dios! ¿Qué necesidad tenemos de más testigos? Ustedes han oído sus palabras ofensivas; <sup>66</sup> ¿qué les parece?

Ellos contestaron:

—Es culpable, y debe morir.

<sup>67</sup> Entonces le escupieron en la cara y lo golpearon. Otros le pegaron en la cara, <sup>68</sup> diciéndole:

—Tú que eres el Mesías, ¡adivina quién te pegó!

<sup>69</sup> Pedro, entre tanto, estaba sentado afuera, en el patio. En esto, una sirvienta se le acercó y le dijo:

—Tú también andabas con Jesús, el de Galilea.

<sup>70</sup> Pero Pedro lo negó delante de todos, diciendo:

—No sé de qué estás hablando.

<sup>71</sup> Luego se fue a la puerta, donde otra lo vio y dijo a los demás:

—Ése andaba con Jesús, el de Nazaret.

<sup>72</sup> De nuevo Pedro lo negó, jurando:

—¡No conozco a ese hombre!

<sup>73</sup> Poco después, los que estaban allí se acercaron a Pedro y le dijeron:

—Seguro que tú también eres uno de ellos. Hasta en tu manera de hablar se te nota.

<sup>74</sup> Entonces él comenzó a jurar y perjurarse, diciendo:

—¡No conozco a ese hombre!

En aquel mismo momento cantó un gallo, <sup>75</sup> y Pedro se acordó de que Jesús le había dicho: «Antes que cante el gallo, me negarás tres veces.» Y salió Pedro de allí, y lloró amargamente.

**27** Cuando amaneció, todos los jefes de los sacerdotes y los ancianos de los judíos se pusieron de acuerdo en un plan para matar a Jesús. <sup>2</sup> Lo llevaron atado y se lo entregaron a Pilato, el gobernador romano.

<sup>3</sup> Judas, el que había traicionado a Jesús, al ver que lo habían condenado, tuvo remordimientos y devolvió las treinta monedas de plata a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos, <sup>4</sup> diciéndoles:

—He pecado entregando a la muerte a un hombre inocente.

Pero ellos le contestaron:

—¿Y eso qué nos importa a nosotros? ¡Eso es cosa tuya!

<sup>5</sup> Entonces Judas arrojó las monedas en el templo, y fue y se ahorcó.

<sup>6</sup> Los jefes de los sacerdotes recogieron aquel dinero, y dijeron:

—Este dinero está manchado de sangre; no podemos ponerlo en el cofre de las ofrendas.

<sup>7</sup> Así que tomaron el acuerdo de comprar con él un terreno llamado el Campo del Alfarero, para tener un lugar donde enterrar a los extranjeros. <sup>8</sup> Por eso, aquel terreno



se llama hasta el día de hoy Campo de Sangre.<sup>9</sup> Así se cumplió lo que había dicho el profeta Jeremías: «Tomaron las treinta monedas de plata, el precio que los israelitas le habían puesto,<sup>10</sup> y con ellas compraron el campo del alfarero, tal como me lo ordenó el Señor.»]

<sup>11</sup> Jesús fue llevado ante el gobernador, que le preguntó:

—¿Eres tú el Rey de los judíos?

—Tú lo has dicho —contestó Jesús.

<sup>12</sup> Mientras los jefes de los sacerdotes y los ancianos lo acusaban, Jesús no respondía nada. <sup>13</sup> Por eso Pilato le preguntó:

—¿No oyes todo lo que están diciendo contra ti?

<sup>14</sup> Pero Jesús no le contestó ni una sola palabra; de manera que el gobernador se quedó muy extrañado.

<sup>15</sup> Durante la fiesta, el gobernador acostumbraba dejar libre un preso, el que la gente escogiera. <sup>16</sup> Había entonces un preso famoso llamado Jesús Barrabás; <sup>17</sup> y estando ellos reunidos, Pilato les preguntó:

—¿A quién quieren ustedes que les ponga en libertad: a Jesús Barrabás, o a Jesús, el que llaman el Mesías?

<sup>18</sup> Porque se había dado cuenta de que lo habían entregado por envidia.

<sup>19</sup> Mientras Pilato estaba sentado en el tribunal, su esposa mandó a decirle: «No te metas con ese hombre justo, porque anoche tuve un sueño horrible por causa suya.»

<sup>20</sup> Pero los jefes de los sacerdotes y los ancianos convencieron a la multitud de que pidiera la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. <sup>21</sup> El gobernador les preguntó otra vez:

—¿A cuál de los dos quieren ustedes que les ponga en libertad?

Ellos dijeron:

—¡A Barrabás!

<sup>22</sup> Pilato les preguntó:

—¿Y qué voy a hacer con Jesús, el que llaman el Mesías?

Todos contestaron:

—¡Crucificalo!

<sup>23</sup> Pilato les dijo:

—Pues ¿qué mal ha hecho?

Pero ellos volvieron a gritar:

—¡Crucificalo!

<sup>24</sup> Cuando Pilato vio que no conseguía nada, sino que el alboroto era cada vez mayor, mandó traer agua y se lavó las manos delante de todos, diciendo:

—Yo no soy responsable de la muerte de este hombre; es cosa de ustedes.

<sup>25</sup> Toda la gente contestó:

—¡Nosotros y nuestros hijos nos hacemos responsables de su muerte!

<sup>26</sup> Entonces Pilato dejó libre a Barrabás; luego mandó azotar a Jesús y lo entregó para que lo crucificaran.

<sup>27</sup> Los soldados del gobernador llevaron a Jesús al palacio y reunieron toda la tropa alrededor de él. <sup>28</sup> Le quitaron su ropa, lo vistieron con una capa roja <sup>29</sup> y le pusieron en la cabeza una corona tejida de espinas y una vara en la mano derecha. Luego se arrodillaron delante de él, y burlándose le decían:

—¡Viva el Rey de los judíos!

<sup>30</sup> También lo escupían, y con la misma vara le golpeaban la cabeza. <sup>31</sup> Después de burlarse así de él, le quitaron la capa roja, le pusieron su propia ropa y se lo llevaron para crucificarlo.

<sup>32</sup> Al salir de allí, encontraron a un hombre llamado Simón, natural de Cirene, a quien obligaron a cargar con la cruz de Jesús.

<sup>33</sup> Cuando llegaron a un sitio llamado Gólgota, (es decir, «Lugar de la Calavera»), <sup>34</sup> le dieron a beber vino mezclado con hiel; pero Jesús, después de probarlo, no lo quiso beber.

<sup>35</sup> Cuando ya lo habían crucificado, los soldados echaron suertes para repartirse entre sí la ropa de Jesús. <sup>36</sup> Luego se sentaron allí para vigilarlo. <sup>37</sup> Y por encima de su cabeza

pusieron un letrero, donde estaba escrita la causa de su condena. El letrero decía: «Éste es Jesús, el Rey de los judíos.»

<sup>38</sup> También fueron crucificados con él dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. <sup>39</sup> Los que pasaban lo insultaban, meneando la cabeza <sup>40</sup> y diciendo:

—¡Tú ibas a derribar el templo y a reconstruirlo en tres días! ¡Si eres Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y bájate de la cruz!

<sup>41</sup> De la misma manera se burlaban de él los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley, junto con los ancianos. Decían:

<sup>42</sup> —Salvó a otros, pero a sí mismo no puede salvarse. Es el Rey de Israel: ¡pues que baje de la cruz, y creeremos en él! <sup>43</sup> Ha puesto su confianza en Dios: ¡pues que Dios lo salve ahora, si de veras lo quiere! ¿No nos ha dicho que es Hijo de Dios?

<sup>44</sup> Y hasta los bandidos que estaban crucificados con él, lo insultaban.

<sup>45</sup> Desde el mediodía y hasta las tres de la tarde, toda la tierra quedó en oscuridad. <sup>46</sup> A esa misma hora, Jesús gritó con fuerza: «Elí, Elí, ¿lemá sabactani?» (es decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»)

<sup>47</sup> Algunos de los que estaban allí, lo oyeron y dijeron:

—Éste está llamando al profeta Elías.

<sup>48</sup> Al momento, uno de ellos fue corriendo en busca de una esponja, la empapó en vino agrio, la ató a una caña y se la acercó para que bebiera. <sup>49</sup> Pero los otros dijeron:

—Déjalo, a ver si Elías viene a salvarlo.

<sup>50</sup> Jesús dio otra vez un fuerte grito, y murió. <sup>51</sup> En aquel momento el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. La tierra tembló, las rocas se partieron <sup>52</sup> y los sepulcros se abrieron; y hasta muchas personas santas, que habían muerto, volvieron a la vida. <sup>53</sup> Entonces salieron de sus tumbas, después de la resurrección de Jesús, y entraron en la santa ciudad de Jerusalén, donde mucha gente los vio.

<sup>54</sup> Cuando el capitán y los que estaban con él vigilando a Jesús vieron el terremoto y todo lo que estaba pasando, se llenaron de miedo y dijeron:

—¡De veras este hombre era Hijo de Dios!

[<sup>55</sup> Estaban allí, mirando de lejos, muchas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea y que lo habían ayudado. <sup>56</sup> Entre ellas se encontraban María Magdalena, María la madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

<sup>57</sup> Cuando ya anochecía, llegó un hombre rico llamado José, natural de Arimatea, que también se había hecho seguidor de Jesús. <sup>58</sup> José fue a ver a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato ordenó que se lo dieran,<sup>59</sup> y José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana de lino limpia <sup>60</sup> y lo puso en un sepulcro nuevo, de su propiedad, que había hecho cavar en la roca. Después de tapar la entrada del sepulcro con una gran piedra, se fue. <sup>61</sup> Pero María Magdalena y la otra María se quedaron sentadas frente al sepulcro.

<sup>62</sup> Al día siguiente, es decir, el sábado, los jefes de los sacerdotes y los fariseos fueron juntos a ver a Pilato, <sup>63</sup> y le dijeron:

—Señor, recordamos que aquel mentiroso, cuando aún vivía, dijo que después de tres días iba a resucitar. <sup>64</sup> Por eso, mande usted asegurar el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos y roben el cuerpo, y después digan a la gente que ha resucitado. En tal caso, la última mentira sería peor que la primera.

<sup>65</sup> Pilato les dijo:

—Ahí tienen ustedes soldados de guardia. Vayan y aseguren el sepulcro lo mejor que puedan.

<sup>66</sup> Fueron, pues, y aseguraron el sepulcro poniendo un sello sobre la piedra que lo tapaba; y dejaron allí los soldados de guardia.]